

ALFARAC

REVISTA ILUSTRADA



ARTE

REDACCIÓN

LETRAS

Francisco Pradilla, dibujo de A. Riquer. — *Estudios para el cuadro La Resurrección de Granada*, por F. Pradilla. — *A la escuela*, por M.^{ta} J. Hóle (foto-gravura Goupil).

D. BENITO PÉREZ GALDÓS
• LEOPOLDO ALAS

D. EUGENIO SELLÉS
• ARMANDO PALACIO VALDÉS

D. JOSÉ YXART

COLABORADORES: LOS PRINCIPALES LITERATOS ESPAÑOLES

Francisco Pradilla, por D. José Yxart.
— *Los amores de Clotilde*, por D. Armando Palacio Valdés. — *Misterio*! poesía por don José Arnaldo Márquez.

Año 1883

Barcelona, 1.º Mayo

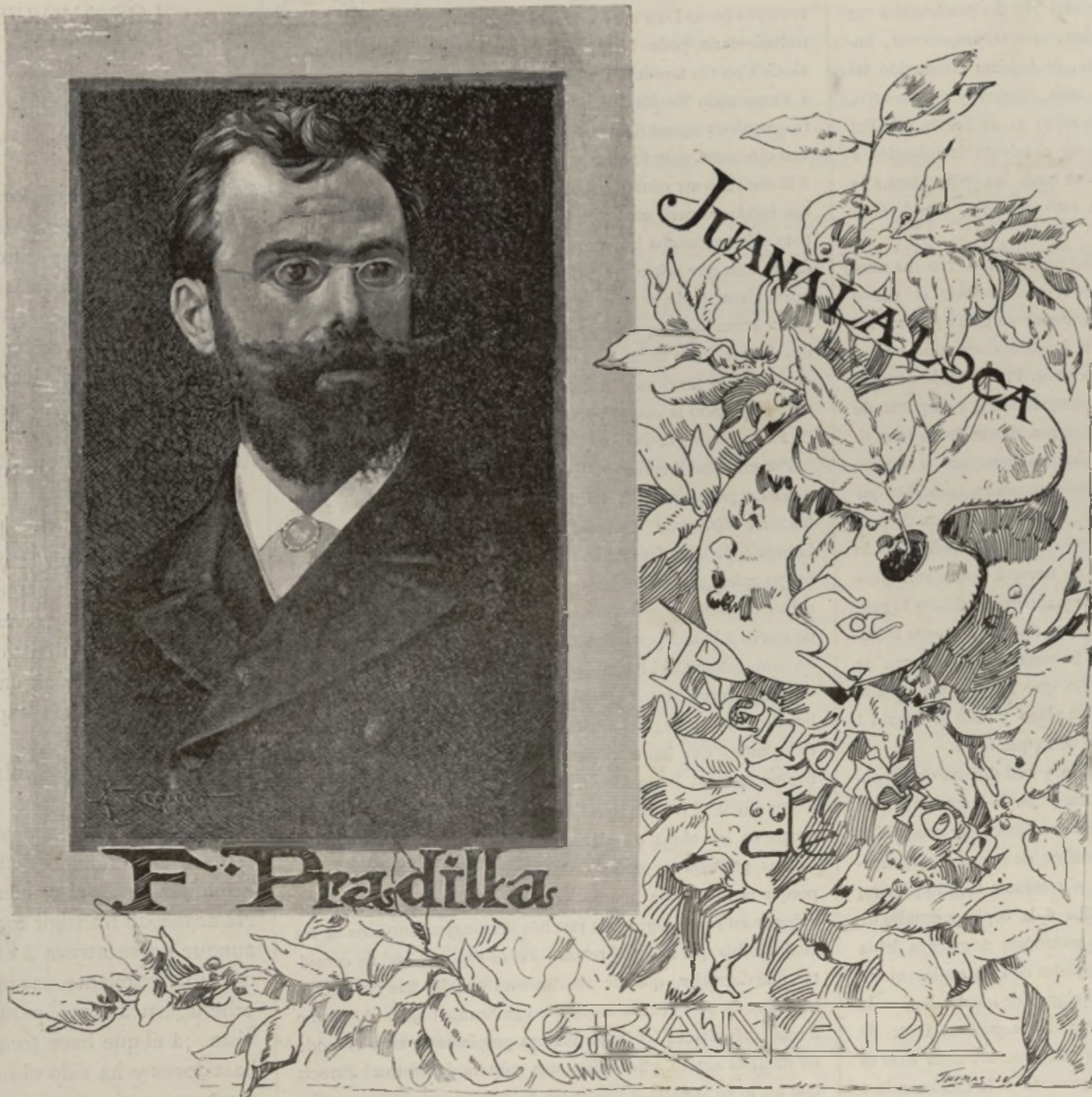
Núm. 9

FRANCISCO PRADILLA



CUANDO en Junio de 1882, se expuso en Madrid el último cuadro de Pradilla, llamó la atención su carta al Presidente del Senado, por el contraste que ofrecían la sencillez y franca modestia del autor con la importancia de la obra y el ruidoso éxito obtenido. A los amigos de Pradilla, no les sorprendió sin embargo, pues harto saben ya que aquel natural franco, sencillo y noble, verdaderamente aragones, es quizá el rasgo más saliente de su carácter. Imaginan algunos a los hombres que se distinguen en algo y que dan que hablar a los periódicos, como los ingentes ídolos de las pagodas que, allá en la misteriosa sombra del santuario, hinchados de omnipotente soberbia, aspiran el incienso abiertas las narices con fruición brutal y abotargados los párpados por el fastidio. Y no hay tal; precisamente suelen ser los hombres más llanos y accesibles en el trato íntimo y familiar. Así es Pradilla y así son todos. Pocos hombres habrá que den menos importancia a sus éxitos y que hayan sondeado como él el abismo infranqueable que media entre la mente que concibe y la mano que ejecuta.

Y pocos habrá también a quienes pudiera perdonarse con más justicia ese orgullo que no tienen. Cuanto es, cuanto puede, lo debe Pradilla única y exclusivamente a su esfuerzo. Su cuna fué humilde, si hemos de seguir aplicando esta suerte de calificativos, bien difíciles de justificar por cierto, al origen de cada cual. Esta circunstancia debiera suponerse desde luego, tratándose de un ingenio superior. No nacen éstos en el blando regazo de las comodidades. Nuestra clase media, como en su último período la aristocracia, no da hombres. La inacción, la molición, la presión que ejercen las preocupaciones de clase, la han



DIBUJO DE A. RIQUER

gangrenado, como se gangrenan los miembros inactivos comprimidos por vendas, y ese medio saber, no adquirido, respirado con la vida, dire mejor, arrebatado a sus facultades, originalidad, lozanía, brio. De modo que sólo en las llamadas capas inferiores se deposita y da fruto la misteriosa semilla del genio, sea que la necesidad lo fecunde y la alicia que acompaña a la pobreza honrada lo estimule, sea que la lucha por la existencia, como se dice ahora, prolongándose de generación en generación en determinadas familias, produzca a la larga caracteres templados, organismos robustos, inteligencias vivas y despejadas. Sólo así

ra adquirir esa ilustración, cuando se sabe que ha vivido condeñado por largo tiempo a un trabajo cotidiano, apremiante, abrumador. A los ineptos les aplasta bajo el peso de la rutina; a esos hombres les vigoriza y temple para más tarde. Aprendiz de pintor; pintor de puertas! en Zaragoza, Pradilla sufrió hasta los 18 años las amarguras de todo aprendiz, según confesión propia, con más las que su carácter encogido y tímido le procuraba. En el taller de los escenógrafos Ferri y Busato en Madrid ¡cuántas noches se pasó en claro hasta el amanecer moliendo los colores y preparando el papel en que había de pintar de

se comprende que, sin excitación previa, sin el incentivo del ejemplo, sin obedecer al espíritu de imitación (estímulos comunes a los cuales debe casi siempre la medianía sus conocimientos superficiales) el humilde hijo de un jornalero como es Pradilla, adquiera en breve plazo vasta ilustración, aficiones dedicadas, gustos refinados y superiores. Sólo así se comprende que ese hombre, sin más instrucción que un poco de latin que no aprendió, sienta afición desde joven por la lectura, y pueda hoy día afirmar en conversaciones privadas que «ha leído mucho y muy heterogéneo desde filosofía de Hegel y Renán hasta construcción de locomotoras»; o se apasione por la música y salga un famoso dilettante de la moderna escuela y se complazca en la amistad de reputados maestros departiendo con ellos con la seguridad de juicio del que se siente y es su igual en otra esfera artística. Y así de todo; porque lo que distingue a Pradilla es cierto espíritu severo y reflexivo que se aplica indistintamente a cuanto constituye la vida y le permite hablar de todo como hombre que ha pensado mucho, que ha sentido mucho, y aun diría que ha sufrido mucho. Esto deja presumir al menos el tinte melancólico que toman a veces sus reflexiones sobre *omnia re scibile*.

Incluso el tiempo material parece debiera haberle faltado pa-

día! « Algunos años transcurrieron antes que poseyera un lienzo en qué pintar y colores que no me costasen sendas agujetas en las muñecas. » ha dicho alguna vez recordando este período de su vida en la intimidad. Cuando antes de partir para Roma empezó a distinguirse en la acuarela, y logró vivir de su trabajo, era éste de 16 y 18 horas diarias. ¡Y este hombre ni se inmuta ni se desvanece el día en que el Estado compra su primera obra, y el público le saluda como una gloria contemporánea, cuando apenas cuenta 28 años.

Se entretenía ya por entonces, esto es, en su primera edad, en componer bocetos de cuadros históricos, fruto de sus repetidas lecturas, y alternaba este trabajo con la asistencia a la Academia de San Fernando. Bien pronto hubo de comprender que tal estudio sin estímulo ni objeto era insuficiente y se dio a tomar apuntes del natural. En esto comenzaron en Madrid las publicaciones ilustradas y con ellas un recurso para los principiantes, y él se dio a conocer en este género en la *Ilustración Española*. Hizo luego un corto viaje a Galicia, país de su predilección, de donde trajo algunas acuarelas, mercados, grupos en las playas, etc. Coincidió su regreso con el de Fortuny que venía de Granada. Fortuny vió aquellas primeras obras, las elogió vivamente, animó a Pradilla, y este elogio por ser de quien era, y la falta de recursos materiales para el cultivo de los asuntos históricos, desviaron por entonces al artista de sus primeras tendencias. « Yo no tenía elementos—decía una vez recordándolo—para cultivar un arte más elevado, por más que me seducía, ni tampoco me consideraba con fuerza intelectual suficiente para él; luego Fortuny nos fascinaba a todos, enseñándonos con el ejemplo que se podían producir cosas preciosas con sólo interrogar cualquier rincón de la naturaleza. »

Pero aun en este género, distinto del que vislumbró su ignorante adolescencia, aspiraba Pradilla a la originalidad, a la sinceridad sobre todo, porque ésta fue siempre su ideal más caro. Cuando su segundo viaje a Galicia, escenario de sus primeras y hondas emociones, le pareció entreverlo. Su tendencia a ver el natural bajo su aspecto grandioso, severo, imponente, impregnado de sentimiento y poesía, le hubiera conducido tal vez a la realización de un tipo de arte, original y propio suyo, sin ejemplar en España, y algo parecido al de Bretón o Millet en Francia; pero le faltó por entonces el talento de ejecución y vinieron a interrumpirle además en su tarea las oposiciones a la plaza de pensionado en Roma. Era esto en 1873, cuando Castelar fundó la Academia.

Ganó Pradilla la pensión y salió para Roma. No iba muy animado ciertamente, porque le pesaba abandonar el nuevo ideal que presentía y el deseo de formarse un estilo propio; así es que decidió no renunciar a él y hacerlo compatible con el cumplimiento de sus nuevas obligaciones. Pronto pudo convenirse de cuán acertadamente obró aceptándolas, a despecho de sus vacilaciones, puesto que le ofrecieron desde luego la envidiable ocasión de admirar a los pintores franceses, a su paso por París, y probar la serie de transformaciones radicales que introducen rápidamente en el ánimo, los viajes, la vista de nuevos modelos, el trato con los hombres. Nadie puede saber lo que vale y cuánto yerra a veces, si no renueva así la atmósfera interior del alma. ¡Con cuánta frecuencia parece ridículo lo pensado o ambicionado en un lugar al pasar a un centro más culto! ¡Cómo muere y renace la propia personalidad, conforme se muda el ambiente que nos cerca! Lo que hace el tiempo a la larga, lo operan los viajes en breve plazo y esto le ocurrió a Pradilla que llegó a Roma muy otro de lo que fuera.

Roma guardaba para él una sorpresa y casi diré un desencanto. Fortuny reinaba en toda la línea y en la colonia artística todo se volvía imitarle. Iban pues las corrientes por cauce bien diverso del que se había pretendido abrir de nuevo con la creación de la Academia, que aspiraba a restaurar la gran pintura, y los nuevos pensionados, obligados a la copia y estudio de Rafael, habían de parecer incautos soñadores a quienes debía abrirse los ojos, o importunos huéspedes con los cuales ni era posible el trato ni existía comunidad alguna de ideales. Lejos de hallar en la ciudad eterna aquel estímulo, aquel ambiente de simpatía, tan necesarios al que empieza, que sin ellos todo es perplejidad y ahogo, hallaron forzosamente o la indiferencia o la contradicción. En estas condiciones dieron comienzo Pradilla y su amigo Ferrant a la copia de la *Disputa del Sacramento*, su primer envío, y es digno de notarse que aun al mismo Pradilla le pareciera inconducente aquel ejercicio. « Lo que hay que estudiar en la escuela romana o florentina del pleno Renacimiento—decía él—es aquella forma convencional, pero exquisita y exuberante que será siempre el mejor punto de partida para toda pintura decorativa, pero no el color, no la ejecución. » Y precisamente al color y a la ejecución se veían obligados a atender, pues se les exigía una copia pintada, con la circunstancia de que debía imitarse el fresco con el procedimiento del óleo. Así es que el mismo Pradilla propuso más tarde que se reformara en esta parte el Reglamento, y fuese un cartón y no una pintura la obligación de los pensionados en su primer año: re-

forma muy atendible a mi ver, como cuanto se dirija a llamar la atención de los pintores españoles hacia el dibujo, pues ya es opinión común y sabida que pecan por descuidarlo.

Concluido este primer ejercicio, Pradilla se dio a recorrer Italia, volvió a París, pasó algún tiempo en Venecia y después de haber visitado rápidamente Viena y Munich, regresó a Roma a ejecutar su segundo envío. No se sentía dispuesto para ello. Las múltiples impresiones recibidas en estos últimos viajes, depurando y formando su criterio, nutriendole con encontradas e informes aspiraciones, le habían dado la medida de lo que le faltaba aprender, le habían desalentado. Arrostró sin embargo aquella crisis y pintó el *Naufrago que se salva con un niño*, el *Rapto* y otros dos cuadritos más con asuntos de Venecia, mientras se disponía para la tercera y última prueba, el cuadro de tercer año.

Las dificultades seguían siendo las mismas; el momento, más crítico, si cabe, y lleno de zozobras, puesto que en él suele cifrar el artista su porvenir entero. Pradilla, como todos, anduvo desde luego vacilante en la elección de asunto. Entre otros bocetos, se compartían por igual su predilección el de *Juana la loca*, el de una venta de esclavos detrás del foro en Roma, un episodio de la vida de Jesús y otro de la historia de Egipto a donde pensaba ir por aquellos días después de haber leído sobre aquel maravilloso país cuanto pudo haber a mano desde Champollión y Mariette hasta Teófilo Gauthier. Opúsose a este viaje la casualidad y a ella se debió que desistiera de los dos últimos proyectos. Quedaban en pie los otros dos y entre ambos, deseoso de pintar un cuadro de sentimiento, optó por la trágica historia de aquella desgraciada princesa que dió al mundo el raro ejemplo de una pasión vehemente y grande en las frías alturas del trono. Los obstáculos que hubo de vencer constan en algunas cartas particulares que escribió por entonces a un amigo suyo. Decía en una de ellas: « Apenas sé cómo procurarme los medios para pintar mi D.^a Juana; espero, sin embargo, que con los datos reunidos como Dios me ha dado a entender, sobre la época y su indumentaria, podré bien pronto cortar trajes y construir accesorios. » Una vez terminada la obra, se mostró descontento de ella... « Enamorado de Rembrandt, aunque no conozco de él sino fragmentos y aguas fuertes, soñaba con pintar mi D.^a Juana con una ejecución muy fundida y de pasta consistente, de modo que a la conveniente distancia no se viese trazo alguno sino las figuras, sólidas sí pero envueltas en atmósfera; pero es el caso que para ello necesitaba hacer muchos estudios previos y no me quedaban más que seis meses, de modo que empecé a pintar como buenamente pude, acabando mi cuadro en la época prescrita sin haber borrado ni repetido apenas nada, cuando por las dificultades del ambiente hacía falta precisamente lo contrario. » A pesar de estas lamentaciones, a este cuadro debe Pradilla su celebridad. El Estado lo compró y en 1878, en la Exposición universal de París, obtuvo la medalla de honor.

Por entonces regresó a España, donde contrajo el compromiso de pintar para el Ayuntamiento de Zaragoza dos retratos: *D. Alfonso I el Batallador*, y *D. Alfonso V*, y para el Senado: *La Rendición de Granada*. Este compromiso fué un nuevo aplazamiento a su deseo de crearse desde entonces libremente un estilo propio, fué prolongar la pensión, y renunciar de nuevo a la independencia. Porque en un trabajo de encargo no campea nunca el ingenio con tanta soltura como en un asunto que sugiere al autor su propia inspiración o depara a veces feliz casualidad. Luego el artista volvía a hallarse con las mismas dificultades que había intentado vencer en *doña Juana*: el tiempo escaso, los gastos cuantiosos, el plan de la composición difícil, el trabajo mucho y en buena parte material como ocurre en las obras de alguna magnitud. Además, el estudio de los pormenores debía ser forzosamente ímprobo y largo, porque se trataba de un asunto concreto, en época y lugar conocidos, y en el que figuraban muchos personajes históricos de los cuales había que hacer el retrato. Pocos suponen qué de consultas, qué de viajes, qué de vacilaciones y dudas trae consigo en una obra de este género el más insignificante objeto. Añádase a estas dificultades las de la pintura propiamente tal y el modo de tratar el asunto. ¿Sería ésta una pintura decorativa? Parecía que así lo reclamaba la índole de él, puesto que debía reproducirse un hecho histórico de grandes alcances en la vida de un pueblo. Por otra parte, el espectáculo representado era bello y pintoresco por sí solo. La pompa de la ceremonia, la gerarquía de los protagonistas, con su riqueza y suntuosidad y aparatosa comitiva, el mismo contraste entre los deslumbrantes arreos de los vencidos con los más severos de los vencedores, las bellezas arquitectónicas, el cielo de Granada; todo debía atraer a quien amase la naturaleza y la verdad, pues pocas veces se ofrecían tan bellas.

Como sorteó tamañas dificultades el autor, es ya conocido de todos. Él mismo ha descrito el plan de la composición en su bella carta al Presidente del Senado y en otra publicada más recientemente cita la larga lista de historiadores que consultó, mientras se entretiene en discurrir sobre el resultado de sus estu-

dios. Aunque dudoso al principio en la concepción del asunto, optó por presentar la entrega de las llaves como « una escena real, vista por un marco »—según dijo—« por no formar mi composición parte de un conjunto decorativo a que sujetarme, siguiendo un plan uniforme, y por temor a un cambio de lugar, que destruyera el efecto. »

Hasta aquí la biografía de Pradilla; hasta aquí sus comienzos y primeros triunfos, por los cuales puede colegirse su porvenir. El éxito extraordinario de la *Rendición de Granada* le asignó desde luego preeminente lugar entre los cultivadores de la pintura de historia. Su genio y aficiones le inclinaban además a intentar con aliento y franqueza la restauración de la decorativa. Sin embargo, hay tal vez error en suponerle, en vista de sus obras anteriores, apegado a estos géneros con intransigente devoción. Todo su ideal, todo su deseo parece resumirse en estas palabras, que podrían ser su divisa: *sinceridad, verdad*. Quien así siente, y halla admirable lo realmente sentido, fruto espontáneo del peculiar genio de su autor, y sólo detestables las violentas y forzadas imitaciones, dudo que incurra en el error de afiliarse a escuela alguna. Dotado de ilustración no común e inteligencia pensadora, entrará sin duda en su propósito realzar la dignidad de la pintura; de sensibilidad vehemente, cuanto sea infundir alma, vida, sentimiento profundo a sus creaciones, forma su designio; y después de haber luchado con varonil constancia por adquirir el mayor talento de ejecución posible, hasta el punto de pintar por el solo estudio del detalle obras que podría dar por acabadas en su género, natural parece que sienta el deseo de desplegar sus facultades en otras de grande empeño, libre y espontáneamente concebidas.

J. IXART.

LOS AMORES DE CLOTILDE

Á LA DISTINGUIDA ACTRIZ D.^a MARÍA TUDAU DE PALENCIA



En el cuarto de Clotilde, primera actriz de uno de los teatros más importantes de la capital, se reúnen todas las noches hasta media docena de amigos. La tertulia dura casi siempre tanto como la representación; pero tiene algunas soluciones de continuidad. Cuando la actriz necesita cambiar de traje se dirige a sus tertulios con sonrisa graciosa y ojos suplicantes:

—Señores, me dejan ustedes un momentito?... un momentito nada más.

Todos se salen al saloncillo y aguardan con paciencia: me he equivocado, no todos, porque el más joven de ellos, que estudia hace tres años el doctorado de medicina, aprovecha la ocasión y va a dar una vuelta por los bastidores a estirar un poco las piernas y a pescar algún beso descarriado. Pero en fin, la gran mayoría espera paseando o sentada a que Clotilde entreabra la puerta y asomando su cabeza de reina ó de villana, según el papel que va a representar, les grite:

—Adelante, caballeros... ¿He tardado mucho?

Para D. Jerónimo siempre. Es el último que sale refunfuñando y el primero que entra en el cuarto. No acaba de transigir con esta púdica costumbre: y aunque no se atreva a expresarlo, allá en el fondo de su pensamiento encuentra poco cortés que se le eche de su asiento para que aquella mocosa se vista; ¡a él que hace treinta años pasa la vida entre bastidores y ha sido el íntimo de todas las actrices y actores antiguos y modernos!

Tiene cincuenta y cuatro años, y es empleado en el ministerio de Ultramar desde los veinticinco. Todos los gobiernos le han respetado como una rueda indispensable de la maquinaria administrativa de las colonias: soltero y mártir de las patronas. Allá en su juventud se cuenta que escribió un drama que le valió una silba y la entrada por toda la vida en el escenario de los teatros. Resignado ó no resignado con el fallo del público, dejó de escribir dramas y adoptó el noble papel de protector de actores y artistas desconocidos y de empresas arruinadas. El joven provinciano que llegase a Madrid con un drama en el bolsillo, no podía emprender camino mejor

para verlo representado que el de la casa de don Jerónimo. Todo lo acogía con los brazos abiertos, malo y bueno. Sin embargo, como era asaz rudo y brusco en sus modales, no escatimaba á los autores noveles que se confiaban en él y le leían sus producciones, las censuras fuertes y hasta los insultos: — «Toda esa relación es puro farrago; eche usted tinta sobre ella. — ¡Pero venga V. acá, alma de Dios, ¿cómo quiere V. que un hombre que está á punto de matar á otro, suelte diez y siete décimas sin respirar! — ¡Jesús qué disparate! ¡Amor platónico á una prostituta! ¡Usted se ha caído de un nido, joven!» El que entendía un poco la aguja de marear no se incomodaba, seguía adelante y al terminar depositaba el manuscrito en manos de D. Jerónimo. Y era bien seguro que el drama se ponía en escena. El veterano de los bastidores ejercía mucho ascendiente con ribetes de miedo sobre empresas y cómicos: cuando se incomodaba; tenía una lengua! Si el drama era silbado protestaba lleno de ira contra el juicio del público y seguía protegiendo con más fuerza al autor. Si lograba buen éxito, callaba y sonreía voluptuosamente pero no volvía á acercarse al poeta aplaudido. Cuando éste se quejaba de su desvío respondía: «Usted ya ha demostrado que tiene alas; vuele V., amigo mío, vuele V., que yo tengo que soltar á otros pobrecitos.»

Su vida privada ofrecía muy poco de particular. Todas las noches al salir del teatro se iba al café Habanero, donde cenaba constantemente un *beefsteak* con una chica de cerveza. Y, según cierto amigo que le había observado repetidas veces, combinaba siempre su refacción con tal arte, que había de concluir forzosamente comiendo el último bocado de carne, el último de pan y el último sorbo de cerveza.

Esta noche la tertulia se presenta muy animada. Los amigos de la actriz charlan y ríen más que de costumbre. Don Jerónimo embozado en su capa (es privilegio) arrellanado en el sillón de la esquina y con un empedernido cigarro en la boca (es privilegio también) deja escapar famosos chistes que á veces obligan á los tertulios á dirigir la vista hacia Clotilde y á colorearse levemente las mejillas de ésta. Don Jerónimo no lo echa de ver; la ha conocido tan niña que se cree con derecho á prescindir de ciertos miramientos debidos á las damas; suponiendo que se los haya tributado en su vida á alguna, que no lo creemos. La ha conocido muy niña y la ha encaminado al teatro: cuando tropezó con ella vivía muy estrechamente aprendiendo el oficio de florista: hoy merced á su talento gana lo bastante para mantener con decoro á su madre y sus hermanas.

Es agraciada y simpática más que hermosa; la tez morena, los ojos rasgados y negros, lo más bonito de su rostro; la boca un poco grande pero fresca con dentadura admirable. Está vestida de dama del tiempo de Luis XV, con una peluca blanca que le sienta á maravilla.

No toma parte apenas en la conversación. Parece muy satisfecha con escuchar solamente, girando sin cesar sus ojos serenos de uno á otro interlocutor y sonriendo á menudo cuando se dirigen á ella.

Al llegar á cierto punto, se oye la voz del trapunte.

— Señorita Clotilde, cuando V. guste...

— Vamos allá — dice levantándose.

Se dirige al espejo, se da los últimos toques á las cejas y pestañas con el pincel, arregla con mano un poco nerviosa los tirabuzones de la peluca, la cruz de brillantes que lleva al cuello y los pliegues del vestido. Sus amigos guardan un instante silencio y contemplan estas maniobras distraidamente.

— Señores, hasta luego.

Y sale del cuarto seguida de su doncella, que le lleva recogida la cola, una espléndida cola de raso color crema.

— ¡Cada día va estando más linda esta Clotilde! — dice el estudiante del doctorado, dejando escapar un imperceptible suspiro.

D. Jerónimo da una enorme chupada al cigarro

y queda envuelto instantáneamente en una nube de humo. Por eso nadie advierte la sonrisa de triunfo con que acoge la observación.

— Á mí también me parece más bonita cada día — dice otro tertulio — pero creo que se ha modificado mucho su genio de algún tiempo á esta parte... Usted, pollo, no la ha conocido como nosotros... Era una loquita encantadora. ¡tan alegre! ¡tan traviesa!... Nadie podía estar á su lado de mal humor... Ahora la encuentro grave, triste casi siempre...

— Es verdad que me ha chocado la melancolía que hay en sus ojos...

D. Jerónimo dió otra enorme chupada al cigarro. Nadie vió el relámpago de ira que pasó por su rostro.

— Estos cambios, pollo, solamente los opera el amor.

— ¿Algún novio?

— Eso... D. Jerónimo conoce bien la historia...

— Voy á contarla — dijo sordamente aquél desde el fondo de su embozo — y crean ustedes que no es plato de gusto contar estas niñerías... Pero se trata de una chica á quien todos queremos y cuanto á ella se refiere debe interesarnos.

Hará cosa de tres años, se presentó al director de este teatro un joven elegantemente vestido, con el manuscrito de un drama bajo del brazo. No hay nada en el mundo más imponente y aterrador que un joven bien vestido que lleva debajo del brazo el manuscrito de un drama. El director procuró escurrir el bulto, le dió algunos quiebros con maestría y varios pases, pero al fin fué cogido en la misma cuna; quiero decir, que el joven le convidó un día á almorzar, le llevó engolosinado ofreciéndole la perspectiva de unas cuantas docenas de ostras empapadas en Sauterne y como postre le descerrajó el drama á quema ropa.

El drama era efectivamente *un tiro*. Pepe hizo lo que ustedes saben que se hace en estos casos: se admiró profundamente de la versificación, dijo ¡bravo! al llegar á ciertos pensamientos enrevesados y por último propuso algunas reformitas en el acto segundo con las cuales quedaría la obra que ni pintada.

El poeta incauto se fué á su casa muy complacido y se puso á trabajar con ardor en las reformas. Al cabo de quince días volvió á presentarse á Pepe; pero éste halló entonces el acto primero un poco lánguido y le aconsejó que á todo trance le diera más movimiento y lo acortase un poquito. En mover el acto primero tardó el poeta un mes. Cuando se presentó de nuevo, el director, mostrándose muy admirado siempre de la versificación y de algunos pensamientos manifestó algunas dudas respecto á que la obra fuese *teatral*. Que fuese *literaria* no tenía ninguna, al contrario, le parecía que en ese concepto podía competir con las mejores de Ayala... pero *teatral*... realmente *teatral*... eso ya era otra cosa.

— ¿Qué diferencia es esa, D. Jerónimo?... No entiendo...

— Pues se la explicaré á V., pollo. Llamamos entre bastidores, teatrales á las obras buenas y literarias á las malas.

— ¡Ah!

Después de manifestar estas dudas concluyó por proponer otras cuantas reformitas en el acto tercero.

Al fin el poeta comprendió, cosa verdaderamente maravillosa, porque los poetas que todo lo comprenden, que saben por qué vuela tan alto el condor, ascienden á los cielos y bajan á los abismos y penetran el sentido íntimo de todas las cosas creadas, no son capaces de entender que sus obras á veces no gustan á los que las escuchan. Nuestro joven, á quien llamaremos Inocencio, recogió no poco mohino su manuscrito y estuvo algún tiempo sin dar cuenta de sí; mas al fin, sin duda después de haber meditado profundamente, se presentó cierta mañana en casa de Clotilde. Excuso decirles á ustedes que llevaba el manuscrito debajo del brazo.

Esperó con paciencia en la sala á que nuestra

amiga *hiciera su toilette*, y cuando ésta se presentó al cabo, vió delante de sí á un joven ruboroso, confundido, pero simpático y elegante, que la rogó con labio balbuciente le otorgase el favor de escuchar la lectura de un drama. Deben ustedes saber que á las mujeres les gusta mucho ejercer protectorados, muy singularmente sobre los jóvenes simpáticos y elegantes; así que, no les sorprenderá que Clotilde escuchase con paciencia el drama y hasta lo hallase muy aceptable. El joven se confió á ella enteramente, depositando en sus hermosas manos el manuscrito cual si fuese un niño recién nacido y ella lo recogió como madre cariñosa y lo tomó bajo su amparo prometiendo velar por su preciosa existencia y presentarlo en el mundo. El joven manifestó que esa resolución era digna de un noble corazón cuya fama había llegado ya á sus oídos. Clotilde contestó que no era bondad de su parte el trabajar porque el drama se representase, sino un acto de justicia. El joven dijo que le halagaba muchísimo esa idea, porque el inmenso talento de Clotilde y el acierto de sus juicios estaban bien reconocidos por todos, pero que no osaba forjarse tal ilusión. Clotilde declaró que había muchas reputaciones usurpadas en el mundo y que una de ellas era la suya, pero que en esta ocasión creía estar en lo firme. El joven replicó que cuando el río suena agua lleva y que cuando todo el mundo se empeña en admirar no sólo la singular belleza y la inspiración artística de una persona sino también su claro ingenio y su brillante ilustración, era necesario bajar la cabeza. Clotilde dijo que no la bajaría en esta ocasión porque estaba bien persuadida de que el mundo se engañaba mucho acerca de lo que llamaba su talento y que no era otra cosa que un puro instinto. El joven puso el grito en el cielo contra esta mistificación que no tenía absolutamente ninguna razón de ser; pero dulcificándose de pronto mostróse profundamente conmovido ante la modestia de su protectora y juró por todos los santos del cielo que jamás había conocido otra semejante...

En fin que el manuscrito fué ganando por momentos terreno en el corazón de nuestra simpática amiga y que el joven se despidió de ella, embargado por la emoción, hasta el día siguiente.

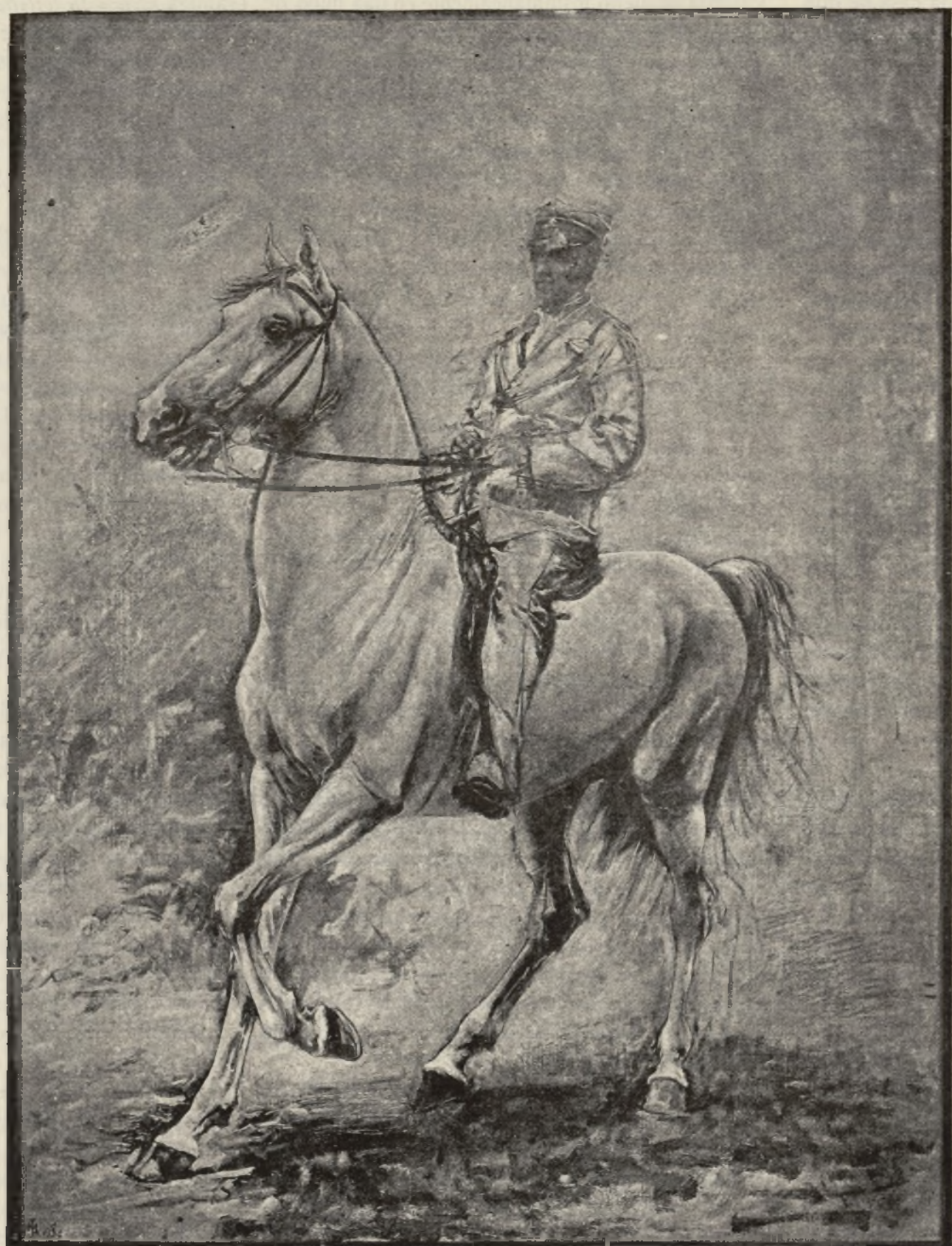
Al día siguiente, Clotilde se presentó al empresario y le arrancó, mediante la amenaza de rescindir el contrato, la promesa de llevar á la escena lo más pronto posible el drama de Inocencio. Éste dió las gracias aquella misma tarde á su protectora y la hizo además su confidente. Pertenecía á una familia distinguida de provincia, aunque sin grandes recursos de fortuna; á probarla había venido él á Madrid, confiado únicamente en su ingenio. En el pueblo decían que tenía talento y que si publicase en Madrid los versos que había insertado en *El Eco del Tajo*, hablarían de él como de Núñez de Arce y Grilo: no sabía si esto era cierto, pero sentía su corazón lleno de nobles propósitos, y amaba al teatro más que á las niñas de sus ojos. ¿Llegaría á ser un Ayala ó un Tamayo? Sería rechazado por el público? Era un misterio inescrutable para él.

En esta sesión Clotilde averiguó dos cosas importantísimas; á saber: que Inocencio tenía un talento que no le cabía en la cabeza y que no había en Madrid quien se pusiera con más gracia la chalina. Excuso decirles que menudearon las sesiones confidenciales y como resultado de ellas, que Clotilde sufrió todos los días la influencia fascinadora de esta chalina sobrenatural; á la postre se declaró vencida, entregándose á ella atada de pies y manos. La chalina se dignó alzarla del suelo y otorgarle la merced de su cariño.

— ¿Cómo la chalina? — preguntó uno que dormitaba.

Don Jerónimo dió una inmensa, infernal chupada al cigarro, en testimonio de desagrado y prosiguió sin hacer caso:

— Por entonces empezaron los ensayos del drama de Inocencio, que se titulaba, si mal no recuerdo,



ESTUDIOS PARA EL CUADRO LA RENOVACIÓN DE GRANADA, POR F. PRADILLA

Subir bajando... callen ustedes, me parece que era al revés *Bajar subiendo...* En fin, de todos modos era un gerundio y un infinitivo. Yo ví en seguida que se habían entablado relaciones amorosas entre nuestra amiga y el autor, y como realmente, por más que Inocencio fuese un mal poeta, según los informes de Pepe, parecía un buen muchacho, me alegré de ellas y las alenté en lo que pude. Clotilde se confesó conmigo, declarándome que estaba perdida-mente enamorada, que sus aspiraciones ya no tenían nada que ver con el arte escénico, el cual le parecía una esclavitud insoportable, que su ideal era vivir tranquilamente aunque fuese en una buhardilla, unida al hombre que adoraba, que la mujer había nacido para ser el ángel custodio del hogar y no para divertir al público y que estimaba ella más el reinar en una humilde vivienda iluminada por el amor, que todos los aplausos de la tierra. En fin, caballeros, nuestra amiga se encontraba en pleno idilio.

Inocencio no estaba menos enamorado al parecer. Á menudo los encontraba paseando por los parajes solitarios del Retiro, á distancia respetable de la mamá, que se detenía oportunamente á contemplar los primeros botones de las flores ó algún insecto curioso: las mamás en esta época de crisis marital tienen la obligación de ser admiradoras de las obras de la naturaleza. La parejita de tórtolas se detenía al verme y me saludaba ruborizada. No les puedo ocultar á ustedes, que aunque lo sentía por el arte, me alegraba de que Clotilde se casara: la mujer siempre necesita el amparo del hombre. Y lo cierto es, que eran dignos el uno del otro por la figura: Inocencio tenía una presencia muy simpática.

En el teatro no se hablaba de otra cosa más que de este matrimonio en ciernes. Todo el mundo se alegraba, porque Clotilde es la única artista desde el principio del mundo, que ha llevado á cabo la empresa, hasta ahora juzgada insuperable, de hacer-se querer de sus compañeras.

Observé, no obstante... ya saben ustedes que soy observador; es la única cualidad que tengo; la observación, á la cual no dan importancia los autores ahora; hoy todo es hojarasca en los dramas; muchos rayos de luna, que se quiebran al pasar por el follaje de los árboles, mucha descripción de alboradas y crepúsculos, muchos símiles retorcidos... ¡Todo eso es!... Cuando algún autorcillo me viene con tales monadas yo le digo: ¡al grano, al grano!... El grano es el drama, que no existe en la mayor parte de los *idem*...

—¿Se enfada V., D. Jerónimo?

—Pues como decía á ustedes, observé, que según los ensayos iban adelantando, crecía el ascendiente de Inocencio sobre nuestra amiga. El tono en que se dirigía á ella ya no era el humilde y cortesano del principio: corregíala á menudo en la manera de decir, señalábala las aptitudes y el gesto que debía adoptar, y á veces, cuando la actriz no comprendía bien sus deseos, llegaba á dirigirla públicamente palabras severas y miradas más severas aún. Nuestro poeta tronaba y relampagueaba ya como amo y señor. Clotilde lo aceptaba de buen grado: ella tan desdeñosa ó insufrible con los autores más eminentes, se estiraba y se encogía ahora como blanda cera en las manos de este muñeco insulso. Era de ver la humildad con que aceptaba sus correcciones, y la inquietud que la causaban las censuras: mientras duraba el ensayo tenía los ojos puestos constantemente en él, espionando como esclava sumisa los deseos de su dueño. El poeta, arrellanado en una butaca, con el brasero delante, dirigía la escena en la forma dictatorial que pudiera hacerlo García Gutiérrez ó Ayala: una mirada suya bastaba para ruborizar ó empalidecer á Clotilde: los demás no protestaban por respeto á ella. Cuando salía de la escena, venía presurosa á sentarse al lado de su novio, que se dignaba acogerla á veces con una sonrisa soberana, otras con indiferencia olímpica. Yo estaba escandalizado.

Una vez me acerqué por detrás y escuché lo que

hablaban. Clotilde llevaba la palabra sosteniendo con calor que el *Subir bajando* ó el *Bajar subiendo* de Inocencio era mejor que *Un drama nuevo*. El joven se defendía débilmente. Otra vez hablaba acerca de su futuro enlace. Clotilde pintaba con frase apasionada el retiro donde irían á esconder su felicidad: un cuarto alto del barrio de Salamanca, lleno de luz, un nido risueño donde Inocencio trabajaría en su despacho, escribiendo comedias, mientras ella bordaría á su lado en el mayor silencio: cuando se fatigase, charlarían un instante para descansar y después le daría un beso y emprendería de nuevo su tarea: por la noche saldrían cogidos del brazo á dar una vuelta, y á casa otra vez: nada de teatro; lo aborrecía con toda el alma: en la primavera irían á pasear por las mañanas al Retiro y tomarían chocolate entre los árboles; en el verano á pasar un mes ó dos á la provincia de Inocencio á proveerse en el campo de buen color y de salud para el invierno.

La descripción de este tierno idilio, que á mí, con ser machucho, me hacía bailar el corazón dentro del pecho, no producía en el autor novel más que una impertinente soñolencia que sólo desaparecía repentinamente cuando dirigía con voz imperiosa alguna advertencia á los cómicos.

Llegó por fin el día del estreno. Todos estábamos ansiosos por ver el resultado: la opinión corriente era que el drama ofrecía poco de particular; pero como Clotilde había puesto en el desempeño toda su alma, tenía-se como seguro un gran éxito. En el ensayo general nuestra amiga había hecho verdaderos prodigios: hubo un instante en que los pocos curiosos que asistíamos á él nos levantamos electrizados, convulsos, gritando desahogados. No pueden ustedes figurarse qué maravillosamente decía su parte. Entonces me vino de golpe una idea á la cabeza: relacionando todas mis observaciones sobre los amores de Clotilde me convencí hasta la evidencia de que Inocencio al enamorarla no se había propuesto otra cosa que adquirir una interpretación excepcional para el papel de la protagonista de su drama y asegurar el éxito de esta suerte. No quise comunicar mis sospechas á nadie; callé y esperé; pero declaro que el chico me fué desde entonces muy antipático.

El ruido que los amigos de Inocencio habían hecho con motivo del drama, el haberlo elegido Clotilde para su beneficio y la voz esparcida de que la célebre actriz iba á obtener en él un triunfo señaladísimo hizo que los revendedores expendiesen todas las localidades á precios fabulosos: conozco un marqués que dió once duros por dos butacas. Este cuarto donde nos hallamos se llenó como todos los años de flores y baratijas; no se podía andar en medio de tanta chuchería de porcelana, libros preciosamente encuadernados, estuches de ébano, marcos de retratos y un sin fin de objetos de bazar.

La sala estaba brillante: las damas más encopetadas, las notabilidades de la política, la literatura y la banca; en fin la *high life* como ahora se dice. Pero más brillante y más radiante estaba aún Inocencio; radiante de gloria y felicidad, recibiendo con agrado á cuantas personas venían á ver los regalos, dictando órdenes á los traspuntes y tramoyistas para el conveniente decorado de la escena y multiplicando las sonrisas y los apretones de mano hasta lo infinito. Clotilde, igualmente, aparecía más bella que nunca, revelando en su rostro expresivo la dulce emoción que la embargaba y el ansia de ganar laureles para su dueño.

Abrióse el telón, y todos se fueron á ocupar sus asientos. En las cajas sólo nos quedamos el autor y cuatro ó seis amigos. Las primeras escenas fueron como siempre recibidas con indiferencia: las segundas con algún agrado; la versificación era fluida y elegante y el público, como ustedes saben, se paga de las frasecillas de bombonera. Llegó el momento de entrar Clotilde en las tablas y hubo en el público un murmullo de curiosidad y expectación. Dijo su parte discretamente pero sin gran calor; se adi-

vinaba que estaba poseída de miedo. Bajó el telón en silencio.

Al instante poblóse el saloncillo y los pasillos de amigos de Inocencio, que venían presurosos á decirle que la exposición de su drama era lindísima. —¿Pero qué tiene Clotilde?... apenas se mueve en la escena... ¡ella tan viva y tan suelta!— Nuestra amiga confesaba, en efecto, que había sentido mucho miedo y que esto la embarazaba extremadamente. El autor, sobresaltado por el éxito de su obra, trataba de persuadirla de que debía abandonar todo temor, que se mostrase como ella era y que no pensase para nada en él, mientras dijese los parlamentos. —No puedo remediarlo, contestaba Clotilde, estoy hablando y pienso al mismo tiempo en que eres tú el autor y me imagino que no va á gustar el drama y me asusto. —Inocencio se desesperaba; dirigíale ruegos, advertencias, argumentos, la acariciaba, sin tener en cuenta que le veían: trataba de infundirle valor, excitando su amor propio de artista; en fin, hacía todo lo imaginable para salvar su obra.

Dió comienzo el acto segundo. Clotilde tenía algunas escenas patéticas: al abordarlas se produjo un poco de ruido en el público y esto bastó para que se desconcertase y lo hiciese rematadamente mal, como nunca lo había hecho en su vida. Oyéronse no pocas toses y fuertes murmullos de impaciencia. Al finalizar el acto, algunos amigos indiscretos quisieron aplaudir, pero el público se les vino encima con un inmenso y aterrador chicheo. El autor que estaba á mi lado, pálido como un muerto, se desahogó con algunas palabrotas groseras y se fué al cuarto de Pepe en vez de el de Clotilde, donde sus amiguitos le consolaron, echando la culpa del fracaso á aquella y encendiendo más y más la ira en que rebosaba su corazón. Mientras tanto nuestra pobre amiga se encontraba muy afectada y abatida preguntando á cada instante por su Inocencio. Yo, para no afligirla más, le dije que el autor lo había tomado con resignación y se había salido del teatro á respirar un poco el fresco. La infeliz se revolvía contra sí misma, echándose toda la culpa.

Se alzó el telón para el acto tercero: todos acudimos á las cajas con afán. Clotilde se mostró al principio, por un esfuerzo poderoso de la voluntad, más serena que antes; pero ya la gente se encontraba dispuesta á la broma y no valía ningún recurso para ponerla seria. El público, cuando presiente el *jaleo*, es lo mismo que una fiera cuando huele la sangre: no hay quien lo ataje, y es necesario darle carne á toda costa. Y la verdad es que en aquella ocasión se cebó de lo lindo; toses, risas, estornudos, patadas, silbidos; de todo hubo. Á nuestra pobre amiga se le saltaron las lágrimas y estuvo á punto de desmayarse. Cuando bajó el telón buscó con la vista á su amante, pero había desaparecido. En el cuarto, á donde yo la seguí, gimió, pateó, se desesperó, se llamó estúpida, dijo que se iba á marchar á una aldea á cuidar gallinas, etc., etc. Me costó mucho trabajo sosegarla, pero al fin lo conseguí; si bien quedó en un gran abatimiento. En la tristeza que sus ojos revelaban, advertí que le atormentaba horriblemente la desaparición de Inocencio.

La puerta del cuarto se abrió repentinamente: el poeta silbado se presentó: estaba pálido, pero tranquilo al parecer: á primera vista comprendí, no obstante, que aquella tranquilidad era ficticia y que la sonrisa que contraía sus labios tenía mucha semejanza con la de los ajusticiados que quieren morir serenos.

Un relámpago de alegría iluminó el semblante de Clotilde: alzóse velozmente y le echó los brazos al cuello, diciéndole con voz conmovida:

—¡Te he perdido, mi pobre Inocencio, te he perdido!... ¡Qué generoso eres!... Pero mira... yo te juro, por la memoria de mi padre, que te he de quitar de la humillación que acabas de sufrir...

—No hace falta que me desquites, querida— repuso el poeta con tono sosegado, donde se advertía la ira desdeñosa. —Mi familia no ha conquistado

un nombre ilustre por la intercesión de ningún cómico; renuncio desde ahora, de buen grado, al teatro y á todo lo que con él se relaciona... Con que... hasta la vista.

Y separando nuevamente los brazos que le apasionaban y sonriendo sarcásticamente, retrocedió unos pasos y se fué. Clotilde le miró estupefacta: después se dejó caer desmayada en el diván.

Al verla en tal estado se me encendió la sangre y salí detrás del chico: alcancéle cerca de la escalera y agarrándole por la muñeca le dije:

—Oiga V... Lo primero que un hombre debe ser, antes que poeta, es caballero... y V. no lo es... El drama se ha silbado, porque le falta lo mismo que á usted... el corazón... Aquí tiene V. mi tarjeta.

—¿Y le mandó los padrinos, D. Jerónimo — preguntó el estudiante del doctorado.

—¡Silencio, silencio!—exclamó un tertulio—aquí llega Clotilde.

La simpática actriz apareció efectivamente en la puerta, y sus grandes y tristes ojos negros que resaltaban bellamente debajo de la blanca peluca á lo Luís XV, sonrieron con dulzura á sus fieles amigos.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

¡MISTERIO!



¡Luz! destello de la luz divina
que sobre el universo resplandece
y á la que en muda adoración se inclina
la creación, que á su fulgor florece:

tú vienes á la tierra, peregrina
vestida de una forma que perece,
y la cuna y la fosa donde quiera
límite son á esta fugaz carrera.

Al entrar á esta vida transitoria
llegas como una página vacía
en la que el tiempo trazará una historia
noble ó menguada, de virtud ó impía.
Ni queda algún recuerdo en tu memoria
de otra existencia, si la tuvo un día
tu sér bajo otra forma en otro mundo
en misterios incógnitos fecundo.

Mas al ver tu pureza inmaculada
y el frágil cuerpo que tu esencia anima,
eleva el pensamiento su mirada
llena de asombro hacia la eterna cima.
¡Con qué admirable perfección creada
fué la doble beldad que te sublima!
¡Cuán misterioso el vínculo que adhiere
el destello inmortal á lo que muere!

Jamás la ciencia descifró el secreto
de tan extraña maravilla. En vano
dirá á los siglos con afán inquieto
que le revelen el sublime arcano.
Siempre á su eterno límite sujeto,
irá á estrellarse el pensamiento humano
en el misterio que encerró en la cuna
el Dios que el alma y la materia aduna.

Aquella en su inocencia y su dulzura,
sin sombras y purísima y risueña,
gota recién caída de la altura,
la claridad del manantial enseña;
y ésta con el imán de su hermosura,
cuando sonríe ó apacible sueña

goce inefable al corazón inspira.
¿Quién ve á un niño que duerme, y no suspira?

¿Quién que se acerca al lado de la cuna
donde yace dormido el inocente,
no piensa con tristeza en la fortuna
y una emoción indefinible siente?...
No una tristeza amarga é importuna
ni una emoción que el ánimo atormente,
sino esa mezcla de tristeza y calma
que lo solemne inspira siempre al alma.

Porque esa frente pura que parece
pedir del ángel la suave aureola,
el labio que sonríe y desfallece
como la flor que plega su corola,
y esa alma que tranquila se adormece,
dicen al corazón que allí está sola,
la mano de su Dios, y que esa mano
piadosa vela por el sér humano.

Y el corazón sobrecogido ante ella
con religioso instinto calla ú ora;
y al ver la forma delicada y bella
que en el asilo de la cuna mora,
ya con vaga tristeza el labio sella,
ya en íntima efusión al cielo implora,
como si presintiera que esa vida
fuese también para el dolor nacida!

¿Es un vano temor?... ¿Hay un destino
que preside en el mundo á nuestro paso,
y endereza á su fin nuestro camino
como el giro del sol hacia el ocaso?...
¿Ó el alma al mundo de los hombres vino
para seguir á impulsos del acaso
su breve senda?... ¿Ó libre y soberana
domina el campo de la vida humana?

¿Quién sabe la verdad? La altiva mente
que encerrada en su frágil vestidura
llega á vencer la tempestad ruidiente
y arrebatada los rayos á la altura:
ella que cruza el oceano hirviente,
rompe su base á la montaña dura,
y tan veloz como la luz del día
de ocaso á oriente su palabra envía:

Esa mente ambiciosa cuyo vuelo
se eleva más allá de las estrellas;
que pesa el astro en la mitad del cielo
y el campo mide donde van sus huellas;
ella que en grande y poderoso anhelo
prodiga tantas creaciones bellas,
jamás, jamás alcanzará en el mundo
la explicación de enigma tan profundo!

Hay un Dios. Su inmortal sabiduría
rige la creación. Nunca el pasado
vió sér alguno, ni lo habrá algún día
que por su eterna ley no esté guiado.
El poder de la mente ¿qué sería
de su infinita omnipotencia al lado?
¿Ni cómo el hombre resistir pudiera
la ley que de tal mano le viniera?

No, no es el alma, aunque inmortal y fuerte,
un sér exento de la ley divina:
sér imposible que entre cuna y muerte
salga del campo donde Dios domina.
¿Á dónde está el imperio de la suerte?

¿Dónde empieza y se extiende y se termina?

¿Por cuál espacio su dominio avanza
que allí la ley del Hacedor no alcanza?...?

Mas en la vida terrenal el hombre,
de sus acciones caprichoso dueño,
hace que el crimen su camino alfombré
en este breve y fugitivo sueño.
Niega á Dios y blasfema de su nombre.
Entre los brazos de infamante leño,
víctima suya, el Redentor espira...
¿No es libre el alma aun cuando el mal la inspira?...?

¿Acaso pudo en su piedad inmensa
y en su eterna virtud y en su justicia
querer Dios que el espíritu que piensa
pueda albergar tan criminal malicia?
¿Por qué al delito el corazón inciensa
y en asquerosa corrupción se vicia?...
¿Por qué su propia imagen el Eterno
entrega al mal y al crimen y al infierno?

¡Hondo misterio! ¡inexplorable abismo!
La ley de Dios es absoluta, es santa;
y en tanto el hombre con brutal cinismo
desprecia aquella ley y la quebranta!
Desafía frenético á Dios mismo
y el temor de sus iras no le espanta,
cuando á su voz la creación entera
con todos sus portentos, nada fuera!

No la vida, la tumba es la que encierra
la explicación del tenebroso arcano;
y si encuentra misterios en la tierra
que no comprende el pensamiento humano;
si inexorable límite lo encierra,
no quiera nunca con orgullo vano
salvarlo y ver lo que le oculta el cielo
tras del oscuro impenetrable velo.

La frente incline y enmudezca. En tanto,
de su poder y sus deseos dude,
mas no del Sér incomprendible y santo
que á proteger la humanidad acude.
Cuando él descorra el tenebroso manto
con que en la tierra quiso que se escude
de nuestra vista su secreto augusto,
veremos que era paternal y justo.

El mal entonces que dudar nos hace
y acusar su justicia nos parece;
el padecer que con el hombre nace
y va con él hasta que al fin perece;
del plan de Dios en el sublime enlace
verá el alma que hoy duda y desfallece,
como un bien más de esa piedad profunda
que todo lo sustenta y lo fecunda.

Verá que en el recinto de la vida
donde moraba en cárcel tan estrecha,
la que juzgó senda áspera y torcida
era vía magnífica y derecha.
Y ya á región más alta suspendida
de otras verdades y virtudes hecha,
verá que puso en el humano duelo
¡cuánta piedad y cuánto amor el cielo!

¿Qué importa que hoy la inteligencia, escasa
para medir estos arcanos sea?...
¿Cuán misterio en la materia pasa
que la ciencia no explica, aunque lo vea?

Si jamás el espíritu traspasa
la valla que en el mundo lo rodea,
y es limitado y débil y mezquino
¿debe dudar del Hacedor divino?

Si no nació más alto que el querube
que vela junto al solio soberano
y ve á sus plantas como opaca nube
el esplendor del pensamiento humano;
si nunca el vuelo de la mente sube
á igual altura que su orgullo vano.

¿debe negar con arrogancia impía
lo que no sabe si sabrá algún día?...?

¡Ah! no dudemos. La piedad sublime
que creó el bien y la virtud y el goce;
la que su imagen en el alma imprime
sin que pueda borrarla ningún roce,
y en la tumba el espíritu redime
y otra vida le da que aún no conoce:
ella, sólo ella la medida sabe
del bien y el mal que en la existencia cabe.

No de insensato vértigo arrastrada
quiera juzgar á esa piedad la mente,
y al que sacó los mundos de la nada
cuentas pedir en tribunal demente.
Más bien el alma ante su Dios postrada
con sed de amor y gratitud ardiente
ya en paz sonría ó en desdicha llore,
su soberana voluntad adore!

JOSÉ ARNALDO MÁRQUEZ.

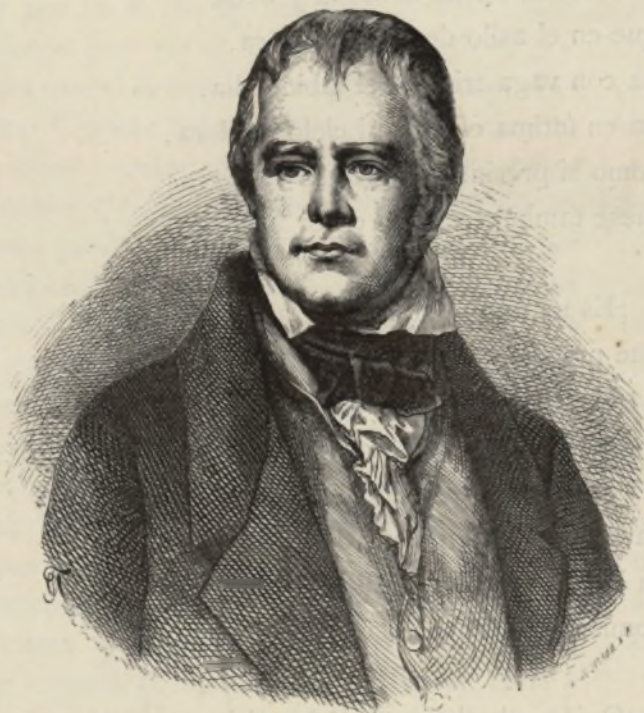
REPARTO PRÓXIMO DE LA BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS

QUINTIN DURWARD

ORIGINAL

DE

WALTER SCOTT



ILUSTRACIÓN

DE

LOS PRINCIPALES ARTISTAS ALEMANES



E. DOMENECH Y C. — BARCELONA

ESTABLICIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE FRANCISCO PEREZ.

Ausias March, 95 y 97

Ayuntamiento de Madrid